

Arturo Magaña Monterrubio*

Resumen

Este artículo registra las circunstancias de violencia física y simbólica que vivió una mujer tabasqueña en un contexto de migración hacia los Estados Unidos. El estudio de caso analiza las condiciones de la llamada *conyugalidad a distancia* y expone la violencia simbólica (traducida en formas de negociación y conflicto) que se ejerce al interior del grupo doméstico de la mujer en su comunidad de origen; destaca, asimismo, el discurso masculino que justifica la violencia física hacia las mujeres, a partir de la experiencia migratoria de esta ciudadana tabasqueña en Carolina del Norte, Estados Unidos.

Palabras clave: Migración internacional, Conyugalidad a distancia, Género y violencia simbólica

I. INTRODUCCIÓN

Las actuales investigaciones sobre las mujeres han enfatizado la importancia de la unidad doméstica y las relaciones de parentesco como categoría de análisis en los procesos migratorios, mientras que los estudios de género han añadido otras dimensiones; a saber, las relaciones de poder y los conflictos de intereses al interior de los grupos familiares en la comunidad y allende las fronteras, así como los cambios relacionados con la autonomía femenina, la división del trabajo y las relaciones intergenéricas, producto de los movimientos migratorios (Vega, 2006: 48).

Desde esta perspectiva, el estudio de los procesos migratorios permite visibilizar las relaciones de poder que se suscitan al interior de los grupos domésticos, e identificar las desigualdades de género que hacen de las mujeres el eslabón más débil y, por tanto, el miembro más sometido a relaciones de cooperación, pero también de conflicto (Vega, 2006: 49). Del mismo modo, permite reconocer que la mujer es participe de una migración internacional y que enfrenta mayores riesgos, violaciones y asaltos al cruzar la frontera, puesto que cada día son más las mujeres que buscan acceder a un mercado laboral que auspicie un porvenir para ellas y sus familias. A este patrón migratorio se le conoce como “feminización de la migración”, patrón que se

* Licenciado en Sociología por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. actualmente cursa estudios de Maestría en Ciencias Sociales en el Instituto de investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana, México.

consolida con la diversificación de los espacios laborales y los lugares de destino (Balbuena, 2003: 2).¹

Entre las investigaciones que han abordado la migración de las mujeres como trabajadoras despulpadoras de jaiba, en Tabasco, se encuentran los publicados por el Colegio de la Frontera Sur (Tuñón, 2003; Vidal, 2002), la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (Zamudio, 2003; Pérez y otras, 1997) y el Colegio de Michoacán (Suárez, 2008); se trata de estudios con soporte etnográfico recabado, específicamente, en los municipios de Paraíso y Jalpa de Méndez.

A la luz de estos trabajos, conviene, entonces, revisar el contexto rural en el que se sitúa el presente estudio de caso, sobre los patrones de vida conyugal y papeles de género tradicionales que regulan la vida comunitaria; plantear un breve antecedente acerca del inicio de la migración en la comunidad; analizar las relaciones de *conyugalidad a distancia* que vivió nuestra entrevistada en su grupo familiar y, por último, dar cuenta de su experiencia en el circuito migratorio hacia Carolina del Norte, Estados Unidos. Todo ello nos permitirán poner en evidencia las situaciones inéditas de violencia simbólica y física que se suscitan en los procesos de migración internacional.

II. METODOLOGÍA

Las reflexiones que aquí se presentan derivan de una investigación más amplia sobre cómo el haber sido despulpadoras de jaiba en el circuito migratorio hacia Carolina del Norte habilitó a las mujeres de la comunidad de Soyataco para iniciar redes migratorias, capaces de dirigir e incorporar a otros miembros de su grupo familiar, incluyendo a los varones; derivan, además, del análisis de otras condiciones de acuerdo y conflicto, generadas al interior de los grupos domésticos ante la partida de una o uno de sus integrantes.²

¹ Para Balbuena, las dos últimas décadas han representado la feminización de tres sectores: la pobreza, el sector terciario y ahora la feminización de las migraciones.

² Estas notas se resultaron del análisis interpretativo desarrollado en “Flujos migratorios, género y grupos domésticos: de despulpadoras de jaiba a migrantes masculinos indocumentados en la comunidad de Soyataco, Jalpa de Méndez, Tabasco”, proyecto que sólo puede ser consultado a través de biblioteca de la División Académica de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

Los datos etnográficos fueron recabados a través de 48 encuestas, que se aplicaron a grupos domésticos con miembros migrantes,³ y 50 entrevistas estructuradas a familiares de migrantes varones, familiares de despulpadoras de jaiba, migrantes de retorno, a antiguas despulpadoras de jaiba, migrantes masculinos legales y ex-braceros, así como a mujeres abandonadas por su marido a causa de la migración, mujeres que han ejercido la jefatura femenina dentro de la comunidad y mujeres que, en general, han ejercido la jefatura femenina.

El trabajo de campo, se realizó en cinco meses, aproximadamente; en agosto de 2005, se aplicaron las 50 encuestas, 48 de las cuales nos proporcionaron información de la comunidad; después, en el mes de noviembre, se realizaron 30 entrevistas a profundidad, cuya aplicación continuó con visitas intermitentes hasta diciembre de 2007, cuando concluyó el proyecto de investigación.

III. LA COMUNIDAD DE ESTUDIO

Soyataco es una localidad rural ubicada en el municipio de Jalpa de Méndez, con una latitud de 18° 12'40. Su nombre proviene del náhuatl *Soyatla*, que quiere decir “palmar”, y el sufijo *-co* funciona como un locativo por el cual Soyataco se traduce “en el palmar”. Su población total en 2006 era de 3 657 personas. La composición de la comunidad por género era entonces de 1 752 hombres y 1 905 mujeres.⁴ La comunidad está dividida en cuatro barrios: San Agustín, San Lucas, San Sebastián y Virgen de Guadalupe. En sus largas calles, configuradas con alambres de púas, se puede transitar con tranquilidad y los pobladores aprovechan las tardes para salir de sus casas a saludar a los familiares, los vecinos o simplemente a sentir el aire fresco de la tarde.

En cuanto a la actividad productiva y de autoconsumo, los datos del XII Censo General de Población y Vivienda muestran que, para el año 2000, la comunidad presentaba una población económicamente activa de 996 personas, y 1 379, económicamente inactivas (ver Cuadro 1).

³ El guión de encuesta y el programa de vaciado fueron elaborados por Rosío Córdova Plaza, del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana, en el marco del proyecto de investigación titulado “El impacto de la migración internacional en el medio rural”.

⁴ Concentrado de Tarjeta Censal, 2006. Centro de Salud. Jurisdicción Sanitaria No. 10, en la localidad de Soyataco, Jalpa de Méndez.

Cuadro 1.
Población económicamente activa por género, Soyataco, Tabasco

Sector	Ocupación	Masculino	Femenino	%
Primario	Agricultura	118	19	3.75
	Ganadería	96	10	2.90
	Caza y Pesca	10	2	0.33
	Artesanía	7	10	0.46
Secundario	Comercio	79	85	4.48
	Obrero	40	16	1.53
Terciario	Profesionista	76	67	3.91
	Empleado	317	95	11.27
	Otros	90	34	3.39
	Desempleado	676	849	41.70
Totales	2 696	1 509	1 187	100%

Fuente: INEGI, 2000. XII. Censo General de Población y Vivienda. Principales Resultados por Localidad: Soyataco.

Las actividades productivas en Soyataco eran la ganadería, practicada por 106 habitantes y la agricultura, por 137 personas. En menor escala, pero de manera irregular, 12 nativos de la comunidad practicaban la caza y la pesca. Los artesanos, hombres de la tercera edad, eran 17; dos de ellos enfermos, situación que posibilita la extinción de los conocimientos artesanales en la localidad, pues las nuevas generaciones de oriundos consideran esta actividad como no redituable.⁵ Como lo expresan dos habitantes al señalar el tipo de actividad que realizan dentro y fuera de la comunidad:

“De Obrero, de peón de albañil o al machete, de lo que hubiera. Porque no todo el tiempo hay el mismo trabajo. El trabajo se termina, si no agarra uno el machete, de peón, de albañil o de lo que fuera” (Penélope, 37 años, ex despulpadora y esposa de migrante indocumentado).

No, yo no hago venta. Yo iba a trabajar a Villahermosa dos veces por semana, y me dedicaba lavar y planchar para ayudar aquí mismo en la casa. Porque en realidad lo que gana mi esposo no da, y pues lo que manda mi hijo es para la casa. Porque en realidad los trabajos sin estudio no hay. Y aquí un trabajo, si no estudiaste, no hay trabajo. Solamente puedes buscar tu plancha y tu batea en lo único que puedes trabajar (Leidy, 41 años, hermana de ex despulpadora de jaiba y madre de migrante indocumentado).

⁵ Registro de indicadores socioeconómicos. Concentrado de Tarjeta Censal, 2006.

En el sector comercio, 164 personas realizaban esta actividad. Las grandes sucursales de tiendas abarroteras no funcionan dentro de la comunidad; sólo 20 tiendas expendedoras de mercancías básicas, así como cinco estéticas, dos tlapalerías, cinco pozolerías, tres depósitos de cerveza, cinco papelerías, un ciber-café, dos tortillerías, dos carnicerías, un consultorio médico y cuatro granjas de pollo.

Los profesionistas contaban alrededor de 143; 56 obreros, 412 empleados que, en una gran mayoría, laboran en las empresas del municipio de Comalcalco, y el resto transita hacia la capital tabasqueña para emplearse en centros comerciales y en las oficinas del gobierno. Los oficios de albañilería, electricidad y servicio doméstico son realizados por 124 oriundos de la comunidad. Por último, se presenta una cifra superior a las demás, de 1 525 inactivos: son las personas desempleadas, las mujeres, los niños y los ancianos.

Una vez señalado cómo está constituida la comunidad geográficamente y de describir las condiciones socioeconómicas con las que cuenta la población, examinaremos los patrones tradicionales de conyugalidad y los papeles de género que regulan la vida en las comunidades campesinas (Córdova, 2007: 26).

1. Patrones de vida conyugal y papeles de género tradicionales

En la comunidad de Soyataco, los papeles de género tradicionales se circunscriben a lo que Robichaux (1997) ha denominado “modelo familiar mesoamericano”, un modelo que impera en los escenarios rurales y en sectores populares urbanos y se caracteriza por la residencia patrivirilocal inicial, la herencia masculina preferencial y la ultimogenitura.

Según Córdova (2007: 7), en el medio rural, la estructura de parentesco tiene importancia por ser el eje organizador de la vida comunitaria. Se espera que las mujeres casadas se consagren a la esfera doméstica y reproductiva; de esa manera, llegan a ser las encargadas de cocinar para todos los miembros de la unidad familiar; sin embargo, las hijas también tienen esa responsabilidad. Los siguientes testimonios ilustran lo que los habitantes de la comunidad opinan al respecto:

“No, ahorita no trabaja mi esposa. Ahí nomás en la cocina, pues” (Nahum, 28 años, migrante de retorno).

“Aquí, pues nada más mi esposo trabaja. Y yo que me dedico a los animales, así pues a las labores del hogar. Él, allá en el terreno trabajando” (Doña Adela, 57 años, ex despulpadora de jaiba y familiar de migrantes indocumentados).

Las mujeres casadas se encargan, asimismo, de las labores de reproducción y crianza infantil,⁶ así como de administrar las terapias tradicionales y primeros auxilios para las enfermedades místicas o patógenas y los accidentes.⁷ Al igual que cuidan a su prole, las mujeres casadas atienden a sus respectivos maridos, proporcionándoles “la atención femenina” que les corresponde. Ese supuesto “sexto sentido” que, en palabras de Bourdieu (1998), permite a la mujer reconocer lo que necesita el varón, lo que está obligada a brindarle, ya que el varón “debe contar” con ello para realizar el trabajo productivo de cada día. Esto significa que ellas tienen que atender a su esposo en cuanto a su ropa, comida y demás servicios que requiera antes de partir a trabajar. En algunos casos, cada vez que el esposo regresa de la faena, las mujeres son también las encargadas de rendirle cuentas acerca de las labores y acciones de los demás miembros de la unidad familiar.

Mientras tanto, el sistema genérico otorga a los hombres el derecho al espacio público, lo que hacia el interior de la unidad doméstica les confiere respeto y autoridad sobre los demás, autonomía personal y poder de decisión, en tanto cumplan integralmente con su principal función de proveedores, así como la responsabilidad de proteger a los más débiles del grupo (Córdova y otros, 2008: 146). Aunque con la actual situación económica, que afecta severamente al campo, los hombres de Soyataco se ven obligados a buscar alternativas de trabajo fuera de la comunidad en calidad de empleados de las tiendas comerciales de la capital tabasqueña, muchos otros han elegido encontrar esa oportunidad allende las fronteras (Magaña, 2010: 143). Así lo afirma un habitante de la comunidad, quien vivió la experiencia de trabajar en las tiendas comerciales de la capital y en Estados Unidos:

⁶ Por reproducción se entiende “todas aquellas actividades que contribuyen a que se reproduzcan y se reponga la fuerza de trabajo y la unidad familiar. Estas actividades son, entre otras, la transformación y preparación de los alimentos, la crianza y la educación de los hijos, la atención paramédica y psicológica, la vinculación social con otras familias y grupos, y la realización de actos ceremoniales y rituales colectivos” (Arizpe en Córdova, 1997: 13).

⁷ Esto se demostró durante el trabajo de campo con el sobrino de una despulpadora de jaiba, a quien entrevistamos. “Al niño por llamar su atención y reírme con él, le ‘calenté la cabeza’”. No obstante, su madre, la Señora Mayo, tenía la solución simbólica para que su niño estuviese tranquilo y feliz. “le tuve que acariciar la cabeza con mi mano mojada, con una especie de ungüento elaborado con alcohol y una hierba que toman del mismo traspatio”.

Yo desde niño no me crié con mi padre, me crié en la ciudad solo. Entonces, yo fui mesero, fui barman, cocinero. Yo conocí a mi esposa a base de trabajar en la primera tienda más grande de Villahermosa, Liverpool, para gente joven. Y pues, gracias a Dios, esa oportunidad me dio, y llevaba experiencia para Estados Unidos (Isaac, 38 años, migrante de retorno).

2. La migración de habitantes de Soyataco, Jalpa de Méndez, Tabasco, hacia Estados Unidos

La migración de los habitantes de Soyataco, Jalpa de Méndez, Tabasco, hacia Estados Unidos, inicio en 1989, en Chiltepec, Paraíso, con 24 féminas que se trasladaron de la empacadora Boca de México hacia el estado de Carolina del Norte, en Estados Unidos. Con el tiempo, las mujeres de Soyataco crearon redes autónomas e indocumentadas, hasta alcanzar cierta madurez en el rizoma e incorporar a otros miembros de la comunidad, del sexo masculino. De esta manera, podemos distinguir en nuestros días una migración diversificada, en la que participan niños, mujeres y hombres, tanto en los lugares de destino a los que se insertan, como en la comunidad de origen, en la que el espacio doméstico ve trastocada su lógica, en términos de reproducción social, y se altera el delicado equilibrio entre derechos y obligaciones recíprocos de hombres y mujeres (Magaña, 2010: 135).

Pasemos, entonces, al estudio de caso que nos permitirá dar cuenta de la situación de violencia simbólica y física que experimentan las mujeres del medio rural en el fenómeno de la migración internacional.

3. Análisis del estudio de caso de violencia simbólica⁸ en un contexto migratorio

La emigración de un varón casado supone reacomodos, tensiones y conflictos a nivel doméstico, que exigen la reorganización de las relaciones entre los miembros del grupo, sobre todo entre el marido y la mujer. De la misma manera, la mujer se enfrenta a serios reacomodos que están relacionados con sus parientes por afinidad, como son su suegra y suegro, cuñados y cuñadas, así como con cuñadas que están

⁸ De acuerdo con Bourdieu (2007:215, 205) la *violencia simbólica* es una “violencia desconocida y reconocida, y por lo tanto legítima... suave, invisible, desconocida en cuanto tal, elegida tanto como sufrida, la de la confianza, la de la obligación, la fidelidad personal, la hospitalidad, el don, la deuda, el reconocimiento, la piedad, la de todas las virtudes, en una palabra, honradas por la moral del honor, se impone como el modo de dominación”.

habitando simultáneamente en la residencia patrivirilocal. Esto significa que, ante la ausencia del varón, las mujeres experimentan la “conyugalidad a distancia” y se convierten en mujeres casadas sin marido. Aunque se encuentren solas en la comunidad, están imposibilitadas para relacionarse formalmente con otra pareja, pues se hallan sometidas a voluntades ajenas que despliegan mecanismos precisos de control sobre sus vidas (Córdova, 2007).

Al respecto, Marroni (en Barrera y Oehmichen, 2000: 20) explica que la ausencia masculina y el nuevo papel que asumen las mujeres generan conflictos al interior de los hogares y las familias; situación que pone de relieve el control que ejercen los maridos sobre sus mujeres, a pesar de la distancia, a través de dos vías: 1) la vigilancia que ejerce la familia 2) y la obligación de embarazarse durante las visitas anuales de sus cónyuges. La maternidad se convierte, entonces, en un medio para controlar a las mujeres a distancia, y para ello se cuenta con la sanción social que estigmatiza y rechaza a las que no resultan embarazadas. Aún así, se abre un conflicto de significaciones, en la medida en que también aquellas mujeres que abiertamente han asumido decisiones de control natal han transgredido las normas no escritas, según las cuales la maternidad es sinónimo de fidelidad conyugal.

Por otro lado, Barrera y Oehmichen (2000:20) muestran que al analizar el matrimonio y la conyugalidad se visualizan los conflictos al interior de los hogares, junto con los procesos de continuidad y cambio en la construcción de lo femenino. De esta manera, es posible conocer las nuevas tareas que asumen las mujeres en la comunidad rural, aunque, en la práctica, éstas no modifican sustancialmente las relaciones de género, sino que las resignifican. Por tanto, el desempeño continuado de los maridos como proveedores económicos hace del trabajo migratorio una práctica que refuerza el reconocimiento de los varones como figuras de autoridad “legítima” en el hogar y en el espacio público.

D'Aubeterre (en Ariza, 2000: 40) destaca, por su parte, que el predominio de la patrivirilocalidad en los grupos domésticos de migrantes determina que, en ausencia del marido, la mujer se incorpore a vivir con la familia de éste; un factor que además se señala como potencialmente conflictivo. En este sentido, Córdova (2007: 229) señala que no sólo los papeles de autoridad se están viendo alterados, sino también, en general, los principios que norman el desarrollo de los ciclos domésticos. En otras palabras, si tradicionalmente la incorporación de la nuera a la residencia del varón se ha convertido en un factor indispensable para la reproducción física y social del grupo, al delegarse a la nuera tareas relacionadas con el cuidado y la atención de otros

miembros del grupo, como lavar y planchar la ropa de todos, hacer la limpieza de la casa o cuidar a los pequeños, hijos y nietos (Córdova, 2002:45), la emigración de un joven recién casado se torna lo suficientemente problemática como para estar generando nuevas actitudes.

Ahora bien, para entender mejor el tipo de relaciones que se generan en la unidad familiar durante el proceso de migración masculina indocumentada, revisemos las circunstancias particulares que vivió Esperanza, quien, como otras tantas que han anhelado el regreso de su marido, encontró que irse a vivir a la residencia de su esposo implicaba sujetarse a la vigilancia de todos los integrantes de la familia, sobre todo de su suegra, lo cual suponía una serie de restricciones que convertirían el espacio familiar en una arena de conflicto permanente. Revisemos, entonces, la historia que vivió esta joven mujer.

LA CONYUGALIDAD A DISTANCIA⁹

“Mi suegra se pone furiosa, si le digo que me voy a poner a trabajar medio turno”.

Esperanza,¹⁰ con tan sólo 21 años y la preparatoria terminada, se había convertido en ama de casa.¹¹ Vivía en el Barrio San Lucas, ubicado en Soyataco, con su niña de un año y dos meses; sus cuñados, Sofía de 15 años y Pascual de 11, y su suegra, la Señora Dulce, de 44 años. En ese entonces, las personas que proveían dinero a la casa eran únicamente su esposo y su suegra. Su marido, Joel, había partido a Carolina del Norte a trabajar, como otros tantos de Soyataco, y su suegra se dedicaba a la venta de comida por pedidos, además de que colaboraba en sus tiempos libres en la gestión del pago por las afectaciones de PEMEX en la comunidad.

⁹ Córdova (2008: 160; D'Aubeterre, 2000) explica que “ante la ausencia del varón, las mujeres experimentan la ‘conyugalidad a distancia’, de manera que se convierten en mujeres casadas sin marido; solas, pero imposibilitadas de relacionarse formalmente con otra pareja; sometidas a voluntades ajenas que despliegan mecanismos precisos de control sobre sus vidas”.

¹⁰ El nombre de las personas cuyos testimonios se presentan han sido cambiados para garantizar su anonimato.

¹¹ La última información recabada en el trabajo de campo, en diciembre de 2007, y que resultó ser una de las situaciones de mayor escándalo en la comunidad a causa del proceso migratorio, fue que Esperanza había sido asesinada por su propio marido y que el crimen se había cometido enfrente de su única hija menor, en los Estados Unidos. En el apartado siguiente, relataremos las condiciones específicas de infidelidad que vivió Esperanza y la manera tan restringida en que viven la sexualidad las mujeres en Soyataco, al grado de que a los ojos de Joel fue justificable llevar hasta las últimas consecuencias su derecho a reclamar, pese a los malos tratos que le daban, el abandono de Esperanza a su grupo familiar.

La participación del grupo familiar en el espacio transnacional inicio a partir de que una tía estuvo trabajando en el despulpado de la jaiba e invitó, en 2003, a la hermana de su esposo, Elizabeth, a sumarse a los desplazamientos hacia Carolina del Norte, que promovía la empacadora en Tabasco. Más adelante, Elizabeth decidió abandonar la empresa en Estados Unidos y comenzó a laborar en un restaurante, como residente indocumentada. Por otro lado, Joel no se decidía a abandonar su antiguo trabajo como conductor de un autobús en el municipio de Nacajuca, pese a las constantes propuestas de apoyo que le ofrecía su hermana, quien por medio de su reciente pareja sentimental podía facilitar su ingreso a los Estados Unidos de manera legal.

Mi cuñada trabajó en el despulpado de la jaiba y ya no regresó. Ya se quedo allá. Ella actualmente esta casada, allá se casó ella. Sí, ella ahorita trabaja en un restaurante, porque a ella se le venció la visa. Ahorita está allá de ilegal, porque tanto pasaporte como visa nada más lo empleó por un año. Ya después mi cuñada fue quien pasó a mi esposo (Esperanza, 21 años, esposa de migrante indocumentado y cuñada de ex despulpadora de jaiba).

Sin embargo, las circunstancias de la pareja cambiaron súbitamente, por un embarazo no planeado que ponía en peligro la vida de Esperanza y su bebé. Según el pronóstico del médico, existía la amenaza de aborto, por lo que Joel decidió aceptar la invitación de su hermana, en 2004, para trabajar en los Estados Unidos y sacar adelante el parto de Esperanza, que traía consigo serias complicaciones. Aunque esto representó una respuesta a las difíciles condiciones que enfrentó Esperanza en los meses del embarazo, y al pago de los imprevistos de la última etapa, cuando fue sometida a una cirugía, con el paso del tiempo, la cuestión del dinero se tornó en conflicto y tensión entre la pareja, debido a que la cantidad de dinero que ella recibía, por medio de las remesas, resultaba ser cada vez menos, y, por lo que le decían, él se estaba “dando la gran vida” en tierras americanas, como ella misma explicó:

Joel y yo empezamos a tener muchos problemas, porque yo de ese dinero quiero verlo manejado en un terreno. Quiero que se empiece a construir nuestra casa, pero él no. Lo que pasa es que él es muy liberal, él confundió la libertad con el libertinaje. Él lo que tiene es que le gusta vivir bien, comer bien, calzar bien, todo (Esperanza, 21 años, esposa de migrante indocumentado y cuñada de ex despulpadora de jaiba).

Sin embargo, la situación conyugal de Esperanza y Joel se había vuelto conflictiva desde antes de la partida a los Estados Unidos, pues, cuando se juntaron, habían acordado que

ella continuaría estudiando, pero a Joel le resultaba difícil que ella asistiera a la universidad y se lo reprochaba con cuestiones como: “¿para qué vas estudiar?, ¿vas a buscar marido o qué?” Joel ponía énfasis en el hecho de que él sólo contaba con los estudios de primaria y, por lo tanto, ella no necesitaba recurrir a mayores estudios, si no le hacían falta para hacer las actividades que le correspondían en el hogar:

“Él pone de pretexto a la niña, que si yo voy a la universidad va haber alguien que me puede abrir los ojos, que va a ser fácil irme con él. Al momento que se cierra él, también me cierra los pasos” (Esperanza, 21 años, esposa de migrante indocumentado y cuñada de ex despulpadora de jaiba).

Resulta interesante analizar la expresión que empleó Esperanza cuando dijo: “me puede abrir los ojos”, refiriéndose a que otro hombre con intenciones de enamorarla le hiciera ver el estado de encierro que vivía con su esposo, alejada del movimiento implícito en el hecho de vivir en la ciudad; la expresión destaca también el temor que él sentía porque la participación de su esposa en el espacio público le permitiera formar parte de un grupo e intervenir en actividades fuera de su control, lo cual pondría fin a su aislamiento al ampliar su grupo de amistades y tener tiempo para “sí misma”, compartir sus problemas, brindar apoyo a otros y desarrollar otros conocimientos (Santana y otras, 2006: 93).

Santana y otras (2006: 94) plantean que cuando una mujer decide salir de su casa para reunirse con otras mujeres, se genera una serie de procesos que favorecen el empoderamiento, cuyo obstáculo más significativo es el impedimento activo del compañero; tal fue el caso de Joel, quien por sus celos o su machismo prefirió circunscribir las actividades de Esperanza a espacios relacionados con las obligaciones del hogar. Además de la limitación espacial, la falta de recursos y el control masculino sobre éstos constituyen restricciones para que las mujeres logren ese empoderamiento.

Otra razón por la que Esperanza se mantenía alejada del espacio público es que cuando fue instalada en el hogar de su consorte, se desligó de su propio grupo familiar, quedando bajo la autoridad de su suegra, con quien se incorporó de inmediato a las tareas domésticas de su nueva residencia. En este periodo, se le instruyó sobre los hábitos masculinos y fue estrechamente vigilada por su suegra, quien constantemente supervisó y criticó su desempeño. Según Córdova (2002: 45), durante la primera etapa de ingreso de la mujer al grupo del cónyuge, existe la intención por parte de la suegra de mantener una relación relativamente armónica, ante la ventaja de contar con una nueva fuerza de trabajo cautiva para la realización de las tareas domésticas. En el caso

que nos ocupa, sin embargo, ese trato inicial no incluyó que Esperanza contara con el apoyo de su suegra para continuar con sus planes de ingresar a la universidad, más bien reforzó la idea de que debía mantenerse al margen de toda actividad pública, como ella misma lo expresó:

“No tengo el apoyo de mi suegra tampoco. Y me mete de pretexto mi niña. Me dice que ‘quién me la va a ver’. Porque si yo me pongo a trabajar, me dice que ‘aquí no quiere ver a la niña’. Mi suegra se pone furiosa si le digo, al menos plantearle, que yo me ponga a trabajar medio turno” (Esperanza, 21 años, esposa de migrante indocumentado y cuñada de ex despulpadora de jaiba).

De esta manera, su presencia en la vivienda obligó a Esperanza a someterse, desde su llegada, a un proceso de aprendizaje y adaptación que la subordinó a las mujeres de la casa, es decir, a su suegra y su cuñada, quienes la hicieron objeto de una supervisión constante (Córdova, 2002: 45-49). Durante el trabajo de campo, nos percatamos de esta situación, pues Esperanza estuvo siempre acompañada de su cuñada al realizar las compras en las tiendas de la comunidad; incluso cuando se le entrevistó, en todo momento estuvo presente su suegra para tomar detalle de la conversación. Debió ser frecuente, también, que la suegra arrojara sobre los hombros de Esperanza fuertes cargas de trabajo, ya que le delegaba la responsabilidad de realizar faenas que involucraban al grupo familiar; por ejemplo, la elaboración de los alimentos que la señora Dulce vendía, la cría de animales de la granja —pavos y pollos para el autoconsumo diario—, además de la limpieza de la casa y el cuidado de Pascual, el hijo menor de su suegra.

La ausencia del varón por motivos migratorios obliga a duplicar la vigilancia que ejercen las suegras sobre sus nueras, observando la “conyugalidad a distancia”, pues la madre del migrante funge como tutora de la mujer, dando lugar a una serie de fricciones cuyo objetivo es velar por la honra del hijo y garantizar la fidelidad de su cónyuge mediante la vigilancia estrecha de sus salidas, sus andanzas fuera de la casa y, también, a las personas con quienes se relaciona (Santamaría, 2005: 73). Así pues, aunque Esperanza asegurara que ella no le sería infiel a su marido, así “se atravesará el primer[o] [hombre] enfrente de sus narices”, sabía que tenía que seguir las directrices de su suegra, impuestas además por el marido. Reflexionaba:

“O sea, tengo una niña. O sea, quién va a querer una mujer como yo. Y además, mi mente no va por ahí. Porque antes de casarme y juntarme con él, mi idea era seguir estudiando, seguir con mi carrera” (Esperanza, 21 años, esposa de migrante indocumentado y cuñada de ex despulpadora de jaiba).

De ese modo, la suegra tiene como papel principal vigilar a su nuera, en razón de la autoridad que le confiere su rol de madre, y en el entendido de que, por un lado, como depositaria del poder afectivo y estructuralmente subordinado de la mujer hacia su marido, es la responsable de la buena marcha de los asuntos domésticos; y, por otro, tiene el poder que le confiere una maternidad consagrada por el aura de la abnegación y el amor incondicional hacia los hijos (Córdova, 2002: 45). En el caso que nos ocupa, la señora Dulce —con experiencia en manejo de asuntos de carácter político y negociaciones de apoyo a la comunidad—¹² sabía controlar las situaciones en que estaba en juego la honorabilidad de su hijo, marcando los límites válidos y permisibles para Esperanza, a sabiendas de que contaría con el apoyo vigilante de otros miembros de la localidad. En caso de que esperanza hiciera o dijera algo, éstos le impondrían una sanción, poniéndola en ridículo, desacreditándola y mostrándole el rechazo de todos los habitantes de Soyataco.

Santamaría propone el concepto de *vigilancia social* para subrayar la condición del control grupal que persiste en las localidades, al decir que: “Todos están al pendiente de todos. Ser vecino es ser vigilante” (2005: 88). En el mismo sentido, Lagarde (en Santamaría, 2005: 88) explica que el chisme es un instrumento para establecer y aprobar los modelos de feminidad socialmente impuestos, los cuales establecen expectativas, prohibiciones y permisividades. Si su imagen es “manchada” y su vida divulgada, los otros la juzgaran y condenarán.

ESPERANZA Y SU EXPERIENCIA MIGRATORIA HACIA ESTADOS UNIDOS

En el apartado anterior, se describió la manera en que la joven Esperanza vivió la conyugalidad a distancia en casa de la señora Dulce, su suegra. Durante la única conversación que sostuvimos con ella durante el trabajo de campo, Esperanza reconoció que la migración de su esposo sólo representó conflicto y tensión, después de su parto, debido a que la cantidad de dinero que recibía, mediante las remesas, se hacía cada vez menos, y vecinos cercanos que regresaban de los Estados Unidos le comentaban que su esposo se estaba dando la “gran vida” en el vecino país. Como ella misma lo explicó:

¹² La señora Dulce asumía cargos de carácter político en la comunidad: era la responsable de gestionar recursos por las afectaciones de PEMEX en las viviendas —bretaduras en las paredes, daños en el suelo y a las plantaciones—, aunque nos explicó que los arreglos de los daños “se han politizado” —aludiendo a ciertos grupos particulares y comunidades con la misma bandera partidista— para obtener los beneficios del pago.

La neta ninguna, no, ningún beneficio. ¿Por qué? Porque él gana bien allá, pero al momento de girarme a mí mi dinero, es un mínimo de dos mil pesos. Ese gasto se hace en lo que es la despensa y gastos de la niña, pero él allá vive a manera de rico. ¿Por qué lo sé yo? Porque actualmente vinieron unos amigos de él, amistades de él que tuvieron en el mismo tiempo de allá de él. Él allá lleva un año, un año diez meses, y sus amistades los que regresaron vinieron bien, y tuvieron provecho. Él lo que tiene es que a como gasta, a como gana, gasta (Esperanza, 21 años, esposa de migrante indocumentado y cuñada de ex despulpadora de jaiba).

Esta situación provocó que Esperanza decidiera planear su salida hacia los Estados Unidos en busca de su marido y recuperar la familia nuclear con la que un día había contado. Para ello, nuevamente solicitó el apoyo de su cuñada Elizabeth, quien, con la intervención de su esposo, la contactaría con la empresa que solicita mexicanos para trabajar en los campos sembrando pinos, y, al igual que Joel, le otorgarían la visa legal necesaria para demostrar su residencia como trabajadora documentada.

De hecho ya pensé, y sí hablamos y lo apoyó él de que sí me voy. Yo me voy y la niña se queda. Sí, la dejo con mi suegra. Yo me voy a ir a los Estados Unidos. No tanto a buscarlo, sino realmente yo quiero regresar. La niña también le afecta porque no está, y no ve su imagen paterna. Entonces, yo más que irlo a buscarlo, es para apoyarlo y pedirle que de plano regrese. Porque la vida que es allá, me dice él “es una vida que jamás se va a ver en México”, se deslumbró con lo primero que vio. Sí, ya mi salida ya está pagada para enero. Me voy con una compañía que se llama *Ayala Fair*, en esa me voy. Esa compañía contrata empleados para trabajar en los pinos, empacando pinos. Fue con la misma compañía que él se fue.

[...] Hasta ahorita no sé sí me voy a ir a México o a Monterrey. Sí voy a salir con todo el grupo que van a manejar, no lo sé. Porque él cuando se fue salió de aquí a Monterrey, allá le tramitaron su visa, su visa fue tramitada por un año. Y ahorita no se ha comunicado el señor, porque él se tiene que comunicar conmigo para explicarme a qué lugar me voy, a qué dirección voy a mandar las papelerías que van a hacer falta para la visa, o qué lugar voy a mandar mi pasaporte. Porque mi pasaporte ya está tramitado (Esperanza, 21 años, esposa de migrante indocumentado y cuñada de ex despulpadora de jaiba).

Sin embargo, desde su llegada a los Estados Unidos su permanencia estuvo rodeada de serias agresiones físicas que la mantenían constantemente perturbada, y poco a poco la hicieron desistir de su proyecto inicial, que consistía en regresar con él a Soyataco y continuar con la vida que antes conocían al lado de su hija. Posteriormente, Esperanza se encontraría con la sorpresa de que Joel desde hacía tiempo mantenía una relación amorosa con otra mujer en el país de destino. Ello provocó que Esperanza, ya conocedora tanto de las relaciones laborales y legales del lugar como de las relaciones

amistosas de su esposo, decidiera iniciar una relación amorosa con otra persona.¹³ Esta conducta no le pareció del todo grata a Joel, quien percibía a Esperanza muy decidida a abandonarlo, y planeó —con el apoyo de la señora Dulce, su madre— hacerle llegar a su hija, aún pequeña, con el propósito de recordarle a su mujer que ellos formaban una familia antes de que todo eso pasará. Esperanza, por su parte, sólo sintió gran felicidad al sentir otra vez a su hija entre sus brazos, aunque esto no la hizo desistir, como lo había planeado Joel, de continuar con la relación amorosa que había iniciado; más bien tomaba mayor empuje con la presencia de su hija. Joel se percató, en consecuencia, de que la situación se salía de sus manos, y que el control que en el pasado tenía sobre Esperanza se había esfumado con la aparición de su nuevo acompañante. Al sentirse “traicionado” y sin salida, en un arrebato de cólera se dirigió al lugar donde se hospedaba Esperanza y, cortándole el cuello con un arma blanca, en presencia de su pequeña hija, le dio muerte a su joven mujer.¹⁴

Ahora bien, para tener una mayor perspectiva de los motivos que, a los ojos de Joel, lo justificaban para llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias esta venganza y su “derecho” a reclamar, pese a los malos tratos que le confería, el abandono de Esperanza a su grupo familiar, es importante entender la manera en que se percibe la sexualidad femenina en la comunidad. Se espera que las mujeres se adhieran al modelo de conducta femenina local, un modelo que se cumple al guardar fidelidad a su consorte como esposas y a sus hijos como madres, puesto que las normas de conducta dictan que la sexualidad femenina debe ser más selectiva y calculadora (Córdova, 2002: 43). Esto significa que, a toda costa, la mujer tratará de no involucrarse sexualmente con otro varón en ausencia de su esposo, siendo la mayor prueba que toda buena madre/esposa tiene que superar para demostrar, no sólo a su marido, sino a toda la comunidad, que es una mujer de respeto, haciéndose responsable de cuidar la honorabilidad de su esposo.

En suma, el caso extremo de Esperanza nos permite entender que las pautas genéricas locales, que validan en los hombres las relaciones extramaritales y convierten

¹³ En la información obtenida mediante entrevista a la señora Leidy, habitante de Soyataco, no se especifica si las personas con las que mantuvieron una relación sentimental, tanto Joel como Esperanza, fuesen de la misma comunidad o pertenecieran a otro Estado del país, o en su defecto fuesen nativos de Estados Unidos.

¹⁴ Por los datos recabados en la misma fuente, se sabe que Joel fue arrestado el mismo año del suceso (en 2007) por las autoridades norteamericanas, y que sería juzgado por las leyes del país, aunque durante nuestra breve estancia, en diciembre de ese año, no logramos conocer la sentencia que se le dictó por el asesinato de su mujer.

a las mujeres en sujetos socialmente anómalos, se reproducen a través de la frontera y adquieren valor para los individuos que rigen sus vidas a través de estas directrices.

REFERENCIAS

- ALMEIDA RODRÍGUEZ, A. G., PÉREZ GÓMEZ, M. C. (1998). *Migración de mujeres despulpadoras de jaiba: Soyataco, Jalpa de Méndez y Chiltepec, Paraíso, Tabasco*. Tesis de Licenciatura en Sociología. Villahermosa: UJAT.
- ARIZA, M. (2000). Género y migración femenina: dimensiones analíticas y desafíos metodológicos. En: D. BARRERA Y C. OEHMICHEN (Eds.), *Migración y relaciones de género en México*. México: GIMTRAP, UNAM-IIA.
- BARRERA, D., OEHMICHEN, C. (2000). Introducción. En: D. BARRERA Y C. OEHMICHEN (Eds.), *Migración y relaciones de género en México*. México: GIMTRAP, UNAM-IIA.
- BOURDIEU, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Concentrado de Tarjeta Censal (2006) Centro de Salud. Jurisdicción Sanitaria No. 10 en la localidad de Soyataco, Jalpa de Méndez (Disco compacto).
- _____. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- CÓRDOVA PLAZA, R. (2007). Vicisitudes de la intimidad: familia y relaciones de género en un contexto de migración acelerada en una comunidad rural de Veracruz. En: R. CÓRDOVA PLAZA, MA. C. NÚÑEZ MADRAZO, D. SKERRITT GARDNER, *In God we trust: del campo mexicano al sueño americano*. México: Universidad Veracruzana, Plaza y Valdés.
- _____. (2002). Y en medio de nosotros mi madre como un Dios: de suegras y nueras en una comunidad rural veracruzana. *Alteridades* (24), julio-diciembre.
- _____. (1997) Sexualidad y relaciones familiares en una comunidad veracruzana. En: *Espacios familiares: Ámbitos de sobrevivencia y solidaridad*. México: PUEG, CONAPO, DIF, UAM-A.
- CÓRDOVA PLAZA, R., NÚÑEZ, C., SKERRITT, D. (2008). *Migración internacional, crisis agrícola y transformaciones culturales en la región central de Veracruz*. México: Plaza y Valdés, CEMCA.
- INEGI (2000). *XII Censo General de Población y Vivienda. Principales Resultados por Localidad: Soyataco*. México. Recuperado de http://www.inegi.gob.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/2000/resultadosporlocalidad/initer27.pdf

- MAGAÑA, A., GARCÍA, J. C. (2008). *Flujos migratorios, género y grupos domésticos: De despulpadoras de jaiba a migrantes masculinos indocumentados en la comunidad de Soyataco, Jalpa de Méndez, Tabasco*. Tesis de Licenciatura en Sociología. México: UJAT.
- _____. (2010). Migración femenina y masculinidad en crisis: mujeres despulpadoras de jaiba y proveeduría masculina en una comunidad tabasqueña. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM*, XX (19).
- D'AUBETERRE, M. E. (2000). *El pago de la novia. Matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuexcomac*. México: El Colegio de Michoacán, BUAP, Puebla.
- ROBICHAUX, D. (1997). Un modelo para el México profundo. En: *Espacios familiares: Ámbitos de sobrevivencia y solidaridad*. México: PUEG, CONAPO, DIF, UAM-A.
- SANTANA, MA. E., KAUFFER, E. F., ZAPATA, E. (2006). El empoderamiento de las mujeres desde una lectura feminista de la Biblia: el caso de la COMIDUJ en Chiapas. *Convergencia*, XIII, 13 (40), enero-abril.
- SANTAMARÍA, Y. (2005). *Grupos domésticos y migración internacional: Una mirada a las reconfiguraciones familiares en Colonia Enríquez, Veracruz*. Tesis de Licenciatura en Sociología. México: Universidad Veracruzana.
- SUÁREZ, G. (2008). *Entre ires y venires: Reposicionamiento en el grupo familiar de mujeres migrantes despulpadoras de jaiba del municipio de Jalpa de Méndez, Tabasco*. Tesis de Maestría en Antropología Social. México: COLMICH.
- TUÑÓN PABLOS, E., VIDAL, L. (2003). Mujeres tabasqueñas despulpadoras de jaiba en Estados Unidos. *ECOfronteras: Dinámica migratoria en la frontera sur* (19), agosto.
- VIDAL, L. (2002). *De Paraíso a Carolina del Norte: La migración de mujeres tabasqueñas despulpadoras de jaiba a Estados Unidos de Norteamérica*. Tesis de Maestría en Recursos Naturales y Desarrollo Rural. México. ECOSUR.
- VIDAL, L., TUÑÓN PABLOS, E., ROJAS WIESNER, M., REYES, R. A. (2002). De paraíso a Carolina del Norte. Redes de apoyo y percepciones de la migración a Estados Unidos de mujeres tabasqueñas despulpadoras de jaiba. *Migraciones Internacionales*, I (2), enero-junio, pp. 29-61.
- VEGA, G. (2006). Efectos de la migración hacia Estados Unidos: una perspectiva de género. *Norteamérica. Revista Académica del CISAN-UNAM*, 1 (29), julio-diciembre.
- ZAMUDIO, P. R. (2003). *Mujeres tabasqueñas migrantes a Estados Unidos: un estudio de narrativas sobre sus condiciones de trabajo en el despulpado de jaiba*. Tesis de Licenciatura en Sociología. México: UJAT.